

VILLEGAS LOPEZ

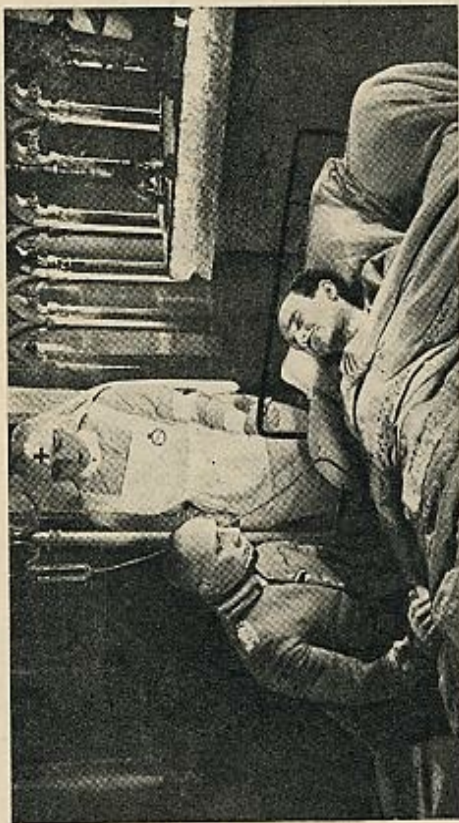
de permitirse el creador de acobadas y firmes estructuras fundamentales. En este orden de cosas no hay que engañarse, y Renoir engaña con su espontaneidad fácil. En verdad, lo que atrae hoy hacia Renoir y sostiene su obra es su profunda sinceridad, su obligación hacia lo real, con todas sus complejidades y contradicciones. Es decir, su inabismable veracidad, esencia del realismo, del neorealismo. Y todo lo demás se da por añadidura.

Esté en el punto de giro que representa «La gran ilusión», en la obra de Renoir, detrás de «Tomás» y de «El crimen de Monsieur Lange». Avanza sobre «Los bajos fondos» —ya en esta línea— y logra, por vez primera, perfectamente, exactamente, hondamente, la gran sinceridad frente a todas las cosas.

Por eso, surge la última superación del film sobre sí mismo, que quizá sea la esencial: la de sus valores fundamentales, raíz de su fondo temático. La idea primera del film, la incomplejidad de las clases sociales, queda como una leve insinuación, a pesar de las palabras y escenas que lo manifiestan expresivamente. «Cada uno morirá de su enfermedad de clase —dice el personaje de Gabin— si no tenemos la guerra para conciliar todos los microbios.» Todo queda en un matiz de la situación. Incluso el gran ensayo pacifista, eje auténtico de la obra, cobra hoy los caracteres de un acento poético, que torna puras y limpias todas las cosas, que eleva hombres y hechos sobre sí mismos. La realidad de la historia, la incuestionable circunstancia actual es que vivimos en el angustioso equilibrio inestable de la «guerra fría», que es la paz más precaria, la que ni siquiera se atreve a decir su nombre. Y esta paz sólo puede vivir atomizada e inerte, provisional cada día y en peligro cada hora, bajo la amenaza de la guerra, bajo la sombra del exterminio universal por el terrorismo atómico. ¿Qué puede significar entonces que dos hombres no se comprendían, porque uno es noble y el otro plebeyo, y ese anhelo de saltar sobre las fronteras, para anotar la palabra enemigo? Por otra parte, la realidad es que todo ello se está consiguiendo, es también la otra realidad, que crece y se infltra y se impone en el mundo entero: las clases que se salvan por la justicia social, el trabajo, el éxito o el dinero, y las gentes que cruzan el mundo, por millones, cada año, recorriendo países, reuniéndose en cualquier parte del mundo sin distinción de razas o ideas, sean turistas, estudiantes, deportistas, científicos, cinematografistas o poetas. Y los medios de comunicación actuales, contruidos por las máquinas, truen, cada día más, el mundo entero a la vida del hombre corriente, de todos los hombres: las revistas y periódicos, la radio, la televisión, el cinema... Bajo la sombra de la guerra más tremenda —la que Einstein preconizó la última, en verdad— todo está ahí, y está ahí. Confinados todos los oscuros intereses, todas las intrigas y todos los crímenes. Hoy, hasta para hacer una guerra, hay que proclamar que se hace por la paz. Ya no se puede hacer la «de-

VILLEGAS LOPEZ

GRAN ILUSION, LA



Eric von Stroheim y Gabin, los dos aristócratas.

que los profesionales de la industria cinematográfica francesa lo rechazaron por unanimidad. Pero la película resultó un éxito comercial desde el primer día, uno de los mayores durante años, hasta hoy mismo, que sigue en marcha cada vez que se repone. El film rebasó así las profesiones y previsiones comerciales, en este caso totalmente adversas.

También sobrepasó, desde el primer momento, a sus propios creadores. Sobre la historia de las evasiones —que no son las de Pinaud, sino inspiradas en los relatos de éste—, Jean Renoir puso una idea capital, dilecta de él por entonces: la imposibilidad de entendimiento de las clases sociales, aunque convivían momentáneamente en la urgencia y el drama de la guerra. Meréchal, interpretado por Jean Gabin, es un obrero mecánico, que llega a oficial por el auge inicial de la aviación en aquella guerra. Y está al lado y es compañero de armas de Boeldieu, un aristócrata, oficial de carrera por tradición familiar. Los dos hombres no pueden entenderse, al menos comprenderse, a pesar de sus mutuos esfuerzos: la clase social los separa irremisiblemente. En cambio, el aristócrata francés entiende y comprende al aristócrata alemán, guerrero de profesión y casta, que interpreta Eric von Stroheim, aunque sean enemigos. Los dos hablan el mismo idioma real, por encima del otro idioma verbal, tienen los mismos gustos, los mismos ideales, incluso los mismos amigos. Y el obrero llegado a oficial se entienda con los soldados, sencillos, emocionales, vulgares y a veces sucios, sin distinción de criterios

ni de razas; su amigo de prisión y compañero de fuga, Rosenthal, interpretado por Datin, es un judío. Este detalle dará al film nuevos caracteres polémicos. Y Meréchal, francés en forma, es comprendido y ayudado por la campesina alemana en aquella casa desierta, cuyos hombres han muerto todos en la guerra. Renoir quería exponer esta idea central: existen las clases sociales y no las fronteras nacionales.

Pero, desde este propósito inicial, el film comenzó a evolucionar por sí solo, a cobrar nuevas facetas y otros sentidos, que Renoir y Spank no habían previsto. La obra era ya un trozo de vida, los personajes eran seres humanos complejos y realistas, los hechos exigían desarrollarse y llegar a sus últimas consecuencias... Todo comenzó a ser otra cosa, sin dejar de ser la misma. El ideal internacionalista, se cobró por imposterse, como lógica consecuencia, frente a la tragedia absurda de la guerra. Esta plaga de la humanidad fue uno de los cuatro tradicionales jinetes del Apocalipsis, capaces de dar la señal para el fin del mundo. Nunca como en estos momentos de las armas nucleares. Pero la primera vez que la guerra perdió su carácter de leyenda de la edad heroica, la primera vez que se creó como un peligro de destrucción universal, en esta era de las máquinas, fue en la guerra de 1914-18. El hombre quedó sobrecogido y aterrado de su propio poder de destrucción, y las máquinas revelaron trágicamente su inmenso poderío. Fue la última gran guerra en que los ejércitos marcharon al combate criolando alegres anécdotas y las mujeres salían sonrientes a su encuentro para adherir con ho-

## GRIERSON (John)



John Grierson.

328

325

